

Homilía del 22 de junio de 2014, El Cuerpo y la Sangre de Cristo

Hoy, celebramos la fiesta del Santísimo Cuerpo y la Sangre de Cristo, una fiesta celebrando la presencia de Jesucristo en la Eucaristía. Este día recordamos la institución de la Eucaristía que se llegó a cabo el Jueves Santo durante la Última Cena. Es una fiesta en recuerdo del mandato de Jesús que celebremos el Sacramento: «Tomen y coman; esto es mi cuerpo. . . . Beban todos de ella: esta es mi sangre, la sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para el perdón de sus pecados» (Mateo 26: 26b, 27b-28). En nuestra lectura del Evangelio de hoy oímos la explicación de Jesús: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo les voy a dar es mi carne para que el mundo tenga vida» (Juan 6:51). Jesús continuó: «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él» (Juan 6:56). Jesús nos dice que debemos consumir su cuerpo y sangre como el alimento espiritual para ser como él; debemos, entonces, ser Jesús en la tierra. Nuestra relación con Dios no es sólo una relación de Dios y yo. Cuando recibimos el Santísimo Cuerpo y la Sangre de Cristo, debemos ser Cristo al mundo en el cual vivimos, y la manera en que tratamos a nuestro prójimo es una prueba de la autenticidad de nuestra adoración de Dios.

San Pablo nos dice en nuestra segunda lectura,

Hermanos:

El cáliz de la bendición con el que damos gracias,

¿no nos une a Cristo por medio de su sangre?

Y el pan que partimos,

¿no nos une a Cristo por medio de su cuerpo?

El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos,

formamos un solo cuerpo . . . (1 Corintios 10:16-17).

Homilía del 22 de junio de 2014, El Cuerpo y la Sangre de Cristo

Nuestra participación en la misa, que es una celebración tanto de la cena como del sacrificio de Cristo, tiene implicaciones importantes para nosotros. Nuestras vidas se unen a Jesús, quizás poco a poco como le dejamos entrar en nosotros más completamente. Nuestra unión con él nos hace en el uno «que no vino a ser servido, sino servir» (Mateo 20:28). Inmediatamente antes de que recibimos la Eucaristía, decimos, «Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará sanarme». No recibimos a Cristo porque somos dignos; lo hacemos debido a nuestra indignidad para que Cristo pueda sanar nuestras almas, nuestros propios seres. Es Cristo solo quien puede hacernos dignos, y le pedimos que él diga la palabra. Pero, en verdad, él ya ha dicho la palabra, y así vengan y coman, vengan y beban. Es cierto, también, que cuando nosotros realmente oímos la palabra de Dios en las Escrituras, llevamos a Cristo dentro de nosotros, pero cuando lo recibimos en la Eucaristía, lo llevamos dentro de nosotros de una manera aún más íntima. Ahora al honrar a Jesús en la Eucaristía durante la procesión con sus oraciones, dejemos nos marchar como un cuerpo de los creyentes, hermanas y hermanos de uno al otro y de Cristo mismo. Dejemos nos marchar a honrarlo en la Eucaristía pero, aún más, honrarlo por nuestra respuesta de amor a nuestras hermanas y hermanos.